

II.

Iturbide, emperador.

Estaba destinado al criollo D. Agustín Iturbide, coronel de milicias provinciales, un papel de los más importantes en el sangriento drama de la guerra de la independencia de Méjico y en la lucha política que desde aquella época viene trabajando incesantemente á aquel desventurado país. Habíase distinguido en los primeros pasos de su carrera política por su odio encarnizado contra los insurgentes, combatiendo en las filas del ejército español, en las que había demostrado que no carecía de conocimientos militares y que reunía además á esta cualidad la actividad y bravura de un buen soldado.

Precisamente en los momentos mismos en que la revolución se presentaba más decaída, y en la que solo se sostenía el partidario Guerrero con algunas

tropas en el territorio denominado de Tierra-Caliente, clima mortífero para los europeos, y que por lo tanto presentaba más recursos de resistencia á los naturales, Iturbide apareció como uno de los jefes de la causa de la independencia; y como era conocido, tanto por sus conocimientos militares, como por su actividad, energía y carácter emprendedor, no tardó mucho tiempo en ser considerado como uno de los principales adalides de la causa nacional. No obstante, el primer cambio que se operó en las ideas del coronel Iturbide no fué completamente radical. Reducíase, por el contrario, su papel á establecer una especie de mediación entre ambas partes beligerantes, mediación que se conoce en la historia con el nombre de *Plan de Iguala*, porque se proclamó en la villa de este nombre el 24 de febrero de 1821.

Estipulábase en el convenio que dejamos mencionado, como principal base, la independencia del territorio mejicano, cuyo nuevo gobierno tomaría la forma monárquico-constitucional, debiendo ocupar el trono un infante de España, que serviría de lazo para establecer las más amigables relaciones entre la colonia emancipada y su Metrópoli, determinándose también el mantenimiento exclusivo de la religión católica. Por mucho que al gobierno español pudieran repugnarle estas condiciones, antes de abandonarse á las consecuencias de un rompimiento absoluto, debía haber tenido en cuenta los medios que podían ponerse en juego, para mantener el dominio español en aquellas apartadas regiones, y examinado bajo

este criterio, no encontramos completamente inaceptable el tratado de Iguala.

A nadie cedemos en el amor de la patria, y nadie mas que nosotros lamenta la pérdida de aquellas comarcas, que en algun tiempo fueron la principal base de nuestra grandeza, aun en medio de las desgracias que nos acarrearón; pero no por eso dejamos de comprender que los arranques del patriotismo no deben oscurecer nuestra razon, hasta el punto que se desconozcan las fatales exigencias de las circunstancias. Sin embargo, el gobierno español mandó al frente de algunas tropas al virey O'Donojú, con el espreso encargo de oponerse á los planes de Iturbide. O'Donojú, tan pronto como se encontró en el teatro de los acontecimientos, y pudo comprender el espíritu que dominaba en el país, modificó algun tanto sus ideas, entrando en negociaciones con Iturbide, que ya por aquel tiempo dominaba en la mayor parte del territorio, si esceptuamos la plaza de Veracruz, el castillo de San Juan de Ulúa y la capital de la colonia.

Segun dejamos indicado, el virey carecia de poderes para estas estipulaciones; pero acosado por la necesidad aceptó las proposiciones del coronel Iturbide, queriendo de esta suerte salvar del naufragio algunos de los restos del poder español, cuya ruina cierta no era difícil preveer. Consintió, pues, O'Donojú en el establecimiento de una monarquía constitucional en Méjico, en la elevacion al trono de un miembro de la familia de los Borbones de España,

en la igualdad de derechos entre los mejicanos y españoles, y finalmente, en otros detalles que estaban en armonía con los principios sentados.

Este tratado, sin embargo, para ser legítimo necesitaba la sancion del gobierno español; y en tanto que el virey recibia nuevas órdenes, ambos gefes entraron en la ciudad de Méjico, ocupándose en restablecer el orden, para cuyo efecto formaron una junta con el nombre de instituyente, y una regencia que absorbiese el poder ejecutivo en nombre de cualquiera de los infantes que fuese destinado á ceñir la corona del territorio de Nueva España.

El gabinete de Madrid desaprobó la conducta de O'Donojú, consideró nulas todas las estipulaciones hasta entonces efectuadas, y se negó á toda transaccion con los mejicanos, como no reconociese por base la mas absoluta sumision. Esta actitud de la Metrópoli exacerbó todos los ánimos, y desde entonces concluyó la posibilidad de todo arreglo. La oposicion volvía á empezar de nuevo, y esta vez los mejicanos contaban con mayores recursos para conseguir sus fines.

A consecuencia de estas circunstancias, Iturbide fué considerado como el paladin de la independencia nacional, y en tal concepto se encontró á la cabeza del gobierno. Aun antes de que se supiesen las resoluciones de la córte de España, habíase hablado ya de Iturbide para ocupar el trono de Méjico; pero tenia que vencer la oposicion de los criollos, que miraban con celosa envidia la repentina eleva-

cion de un simple coronel á los primeros puestos del país, que no tenian confianza alguna en sus dotes de gobierno, y que por último, creian poco sólido y estable el reinado de un hombre que no contaba con más apoyo que el pasajero entusiasmo del pueblo.

Estas causas dieron márgen á que se formasen en el país logias de francmasones del rito escocés, en las que conspiraban todos los adictos al plan de Iguala y los que pertenecian al partido español. El clero y los españoles favorecian los planes de los escoceses, pues abrigaban todavía algunas esperanzas de que por este medio quizá podria volver á flotar el estandarte castellano por aquellas estensas y ricas comarcas, sometidas al dominio español por la espada de un ilustre guerrero.

El partido democrático, por su parte, influido por el vivo ejemplo de la prosperidad de que gozaban los Estados-Unidos, hacia los mayores esfuerzos por organizar el país bajo la forma republicana, mirando al propio tiempo con alguna desconfianza al general Iturbide, en el que adivinaba instintivamente un dictador; pero este general, á pesar de la oposicion que en las cámaras encontraba, y cuidándose poco del espíritu de hostilidad que los partidos le mostraban, supo aprovecharse de la popularidad momentánea de que disfrutaba, y aunque de un modo algun tanto irregular, se hizo proclamar emperador el 19 de mayo 1822, tomando el nombre de Agustin I.

Las provincias enviaron casi espontáneamente su adhesion al nuevo soberano, el cual, contando con

esta base para su poder, se vengó de la frialdad de las cámaras, escitando de esta suerte el encono de los partidos y de las sociedades secretas. Si el nuevo emperador hubiera tenido el tacto, energía y habilidad necesarias para hacer frente á las dificultades que la situacion presentaba, quizás hubiera podido realizar la fusion de los distintos bandos contrarios y evitar á su pátria las calamidades sin cuento de una guerra civil que dura todavía, y á la que es difícil predecir un fin. Pero Iturbide carecia por completo de las dotes de gobierno para consolidar su poder, y creyendo que la única fuerza legítima era la de las bayonetas, despreció la opinion pública, y opuso á la conspiracion de las sociedades secretas y la hostilidad del partido democrático, una rigidez que algunas veces llegó hasta la crueldad.

Sin esperiencia alguna de los negocios, se encontraba dominado casi exclusivamente por el temor de perder su poder, que se le presentaba como superior á sus fuerzas; y en vez de robustecer el espíritu nacional buscando en él una base sólida que diese alguna estabilidad á su reciente elevacion, hizo aumentar con sus desaciertos la escision que reinaba en todos los ánimos, y con la prision de muchos miembros de la cámara y otra multitud de arbitrariedades, consiguió enagenarse las voluntades de todos, aun de aquellos que habian sido sus más acérrimos partidarios.

El poder de Iturbide se apoyaba únicamente en las bayonetas, y bien pronto una triste esperiencia

debía demostrarle, que los gobiernos que solo se apoyan en el espíritu militar, encuentran en él su mayor enemigo y la principal causa de su ruina. Con motivo de la disolución del parlamento, decretada por el emperador, tan pronto como conoció que no podía manejar este cuerpo como si fuese un dócil instrumento supeditado enteramente á su voluntad, aumentó el general descontento, y la sorda efervescencia que desde algun tiempo antes se notaba, se presentó cada dia mas amenazadora.

Sin embargo, la principal oposicion que debía amenazar al reciente imperio, debía partir del ejército y contar por principal caudillo á uno de los mas declarados partidarios de Iturbide. El brigadier Santana, que representa un gran papel en la historia de los disturbios civiles que tanto han trabajado á aquellas comarcas, se declaró en abierta insurreccion contra el poder central, apoyándose en la guarnicion de Veracruz.

El asombro del emperador fué grande, mucho mas al ver que el movimiento no era un hecho aislado, sino que por el contrario, se propagaba por todo el Sur del imperio, y que los generales Victoria, Guerrero y Bravo, enarbolaban tambien el estandarte de la rebelion poniéndose de acuerdo con el brigadier Santana.

El emperador envió al general Echevarri, en quien tenia puesta su mayor confianza, con una fuerte division de tropas muy superiores en número á las insurreccionadas. Echevarri se dirigió á Vera-

cruz, puso sitio á la plaza, y todos esperaban en la capital recibir bien pronto la noticia de que la rebelion habia sido ahogada; pero el gefe de las tropas del gobierno, á pesar de los beneficios con que el emperador le habia colmado, faltando á su palabra y á los sagrados deberes del reconocimiento, hizo traicion á su bienhechor, entró en negociaciones con los insurrectos, y el resultado de esta censurable conducta fué la llamada acta de Casamata, firmada el 2 de febrero de 1823, por la cual se condenaban los actos del emperador, se estipulaba la convocacion de un congreso constituyente, que recibiria su principal apoyo del ejército, que apellidaba con el epíteto de libertador.

La situacion de Iturbide, no era tan apurada como podria aparecer á primera vista. Todavía contaba con fuerzas muy superiores á las de los sublevados, y tenia en su favor, no solo el prestigio de su nombre, sino tambien la superioridad que le daban sus conocimientos militares; pero aquel hombre, que habia dado muestras de energia, sintió apoderarse de su ánimo la mayor irresolucion, tan pronto como tuvo noticia de la ingratitude con que se le habia villanamente vendido.

De esta suerte el ejército libertador, no encontrando obstáculos sérios que vencer, dirigióse sobre Méjico, aumentando sin cesar el número de sus partidarios con todos los descontentos, alentados por la muestra de debilidad que el poder constituido ofrecia. Desde este momento la vida política de